

CAVELL TRAS EMERSON DESPUÉS DE WITTGENSTEIN

CAVELL AFTER EMERSON AFTER WITTGENSTEIN

Pablo Vera Vega

DOI: 10.26754/ojs_arif/arif.202126049

Cavell, S. (2021). *Esta nueva y aún inaccesible América: Conferencias tras Emerson después de Wittgenstein*. Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza.

Quizás sea un dato poco relevante. De hecho, probablemente lo sea, pero ahí va: el artículo de la Wikipedia en español sobre Cavell es nefasto. Nefastísimo. Tan malo que creo que tiene que ser sintomático. ¿Será desconocimiento? Cavell es un autor de obra abierta. Los filósofos del lenguaje lo pueden leer, pero también los filósofos del arte y los de la literatura y no menos los teóricos del cine. Su pensamiento está claramente arraigado en la filosofía del lenguaje ordinario, pero en su obra se evidencia una extraordinaria apertura al diálogo con la filosofía continental. Por ello resulta extraño que algo tan transitado como la Wikipedia en español tenga un nivel tan bajo. Presentar nuevamente a Cavell es, según parece, necesario y ello implica, en cierto modo, también traducirlo. *Esta nueva y aún inaccesible América*, traducida por David Pérez Chico, quizás ayude a esa tarea que ya desde el principio resulta sorprendente.

Esta obra de Cavell, quizás no tan conocida como *Los sentidos de Walden* (1972) o *Reivindicación de la razón* (1979), tiene por público objetivo, aunque esta es una noción igualmente problemática para Cavell, aquel que ya esté familiarizado con los temas tratados. Por tanto, probablemente, debemos hablar de un público universitario que conoce la obra tanto de Wittgenstein, como de Emerson, como, obviamente, la de Cavell. Y, aún así, hay que advertir que, por su estilo no es, desde luego, una obra fácil. Su contexto inmediato es el de una filosofía analítica, casi post-analítica, de tercera o cuarta generación y una parte de las reflexiones que el autor presenta en esta obra encauzan su incorporación al problemático corpus de *El Nuevo Wittgenstein*.

Esta nueva y aún inaccesible América se compone de dos capítulos, un informe introductorio y, como es usual, una bibliografía y unos agradecimientos. A esto

hay que añadirle la presentación del traductor, David Pérez Chico, que sirve para contextualizar la reflexión cavelliana a la vez que presenta al autor y contemporaniza sus temas.

En «Avance de la obra: un informe introductorio», que es quizás el elemento más imponderable de toda la obra, Cavell pone los contenidos de *Esta nueva y aún inaccesible América* en relación con otras dos obras suyas, ambas aún pendientes de publicación en el momento en que escribió «Avance». En particular, estas obras son *En busca de lo ordinario* (1998) y *Conditions handsome and unhandsome* (1990). No obstante, no sólo avanza el contenido de esas obras, sino que relaciona los conceptos que en ellas desarrolla y comenta los avances a los que ha llegado respecto del hilo que deja abierto en *Esta nueva y aún inaccesible América*. Resulta especialmente destacable la fuerza que va ganando el *¿Qué significa pensar?* de Heidegger en sus planteamientos, así como la intensidad con que se vive la reflexión que en torno al concepto de canon, tradición o currículum.

En el primer capítulo, «Decadencia decadente. Wittgenstein como filósofo de la cultura», Cavell nos expone su lectura de las *Investigaciones Filosóficas*. Según él mismo nos dice, su interpretación se diferencia de la de otros autores en que pone énfasis en lo ordinario y en la noción de forma de vida. Ello le permite, contra el *pathos* estructural que aún hoy excluye, por su impertinencia y su tono, algunas partes de la obra wittgensteniana, sondear «una perspectiva desde la que la filosofía de Wittgenstein puede ser vista como una filosofía de la cultura» (p.69). Si dejamos de lado las ambigüedades a las que induce ese membrete, Cavell cree que esa reflexión apunta hacia algo fundamental, aunque no del todo claro aún en la enseñanza de Wittgenstein (p. 67).

Situándonos en esta pista para pensar la posibilidad de Wittgenstein como filósofo de la cultura, empieza la primera sección de este capítulo, cuyo título es, por cierto, «Lo ordinario como hogar». Tras bordear el debate académico sobre la fiabilidad del lenguaje ordinario y tras mencionar la tensión y separación existente entre las *Investigaciones* y el *Tractatus*, Cavell ubica, como ya es usual, el pensamiento de Wittgenstein del lado de los que confían «la salud del espíritu humano al lenguaje ordinario» (p. 71). Esta confianza, nos dice Cavell, lo posiciona, contra los herederos de la duda cartesiana, junto Emerson y Thoreau. Así, para Cavell, lo ordinario wittgensteniano traduce en cierto modo lo que aquellos denominan lo común, lo próximo o lo bajo. Y es a lo ordinario a lo que Wittgenstein nos encomienda regresar para anular la problemática ociosidad del lenguaje filosófico.

La fórmula wittgensteniana consiste, como es bien sabido, en reconducir el uso de los términos para, así, alejarse de la Metafísica. Sin embargo, el modo en

que esta reconducción pueda efectuarse no es obvia en modo alguno. Para Cavell, esta reconducción es un traer de vuelta, un guiar, un pastorear. No sólo hay que encontrar el error, hay que acompañarlo, cuidarlo, prestarle atención e incluso dominarlo. Pero esta noción, así expresada, no es tampoco mucho mejor. Lo fundamental es, en todo caso, entender que «el comportamiento de las palabras no es algo que pueda separarse de nuestras vidas [...] Son las vidas mismas las que tiene que regresar» (p. 73). Este regreso, según creo, cifra la idea del hogar a la que el subtítulo «Lo ordinario como hogar» se refiere.

Así debe ser desde el momento en que Cavell percibe que la oposición a ese regreso es, justamente, un exilio en la palabra en cuyos tipos específicos o concreciones podríamos encontrar los casos de extravío filosófico. Interpretado a la luz del *Walden* de Thoreau, el inicio mismo del problema filosófico es el de estar como perdido, sin encontrar una salida (p. 75). Esa desorientación radical, enmarcada en lo que Cavell llama «narraciones del exilio de uno mismo» (p. 78), liga lo ordinario wittgensteniano con el estado de perdición kierkegaardiana, con lo que en *Temor y Temblor* es lo sublime de lo pedestre. Resulta muy interesante y sugestivo comprobar cómo, así caracterizado lo ordinario, el escepticismo filosófico se comprende como la tentación de infinitud, como un desafío contra nuestra humanidad (p. 79).

Llegados a este punto, quizás, el discurso de Cavell nos esté embaucando. Él mismo, al llegar a la siguiente sección, «Formas de vida», se percata de ello. La relación de lo ordinario wittgensteniano con lo religioso kierkegaardiano abre una posibilidad, solamente explorable desde la idea de forma de vida, que matiza el carácter imperativo, de obligado retorno, que Cavell le adscribe a lo ordinario. Usualmente, la noción de forma de vida es interpretada enfatizando enormemente el papel que en ella juega lo social. Se logra así una noción etnológica u horizontal de forma de vida, pero ello impide, tal y como nota Cavell, observar cómo en las *Investigaciones* se avanza una noción vertical, biológica, relacionada con la historia natural, que ya había preocupado a Cavell en su *Reivindicaciones de la razón* (p. 81). La inclusión de esta dimensión natural o biológica en la noción de forma de vida permitiría sortear la acusación de conservadurismo social y político que algunos esgrimen contra las *Investigaciones* (p. 84) y, de esta manera, nos permite reforzar la reflexión en torno a lo ordinario como hogar.

Al afirmar, por ejemplo, que «[la filosofía] deja todo como está» (*IF*, §124) o al referirse, como es bien sabido, a lo Dado, a las formas de vida, como aquello que hay que aceptar; Wittgenstein parece decantarse por una interpretación conservadora de la noción de forma de vida. Sin embargo, Cavell advierte que el

peso que se le otorga a lo ordinario puede fácilmente tornarse revolucionario dado que «lo ordinario tiene, y sólo él tiene, el poder de sacudir lo ordinario [...] Es lo familiar invadido por lo familiar, aunque diferente» (p. 88). Si comprendemos de este modo lo ordinario la definición del regreso al mismo en tanto que regreso al hogar resulta más clara, aunque no serán tampoco despreciables las oscuridades a las que deba enfrentarse la idea de forma de vida.

Finalmente, llegamos ya a «Las *Investigaciones* como caracterización de nuestra época», que es la última sección de este capítulo. En ella, por fin Cavell se ve conceptualmente preparado para esbozar la perspectiva de Wittgenstein como filósofo de la cultura. Para ello, compara el desarrollo ideológico de las *Investigaciones* con la exposición de Spengler en *La Decadencia de Occidente*. Tras un largo escolio en el que, con Kant y Coleridge en el punto de mira, Cavell justifica la relación del pensamiento de Wittgenstein con el de Spengler, inspirándose, por cierto, al menos en parte en von Wright; se alcanza y describe el primer punto de analogía: ambos autores escriben sobre y por la pérdida de la orientación y del espíritu humano (p. 104).

En el caso de Wittgenstein, que es el que más interesa a Cavell, esta pérdida se evidencia en las imágenes en las que el lector de las *Investigaciones* se ve inmerso ya desde el principio (pp. 105-106). Primero es el recuerdo de Agustín de Hipona, es el niño y es el maestro. Como conjunto simbolizan la herencia, la tradición, que da cuerpo a la filosofía. Después aparecen los lenguajes primitivos, pero completos. Surge el albañil con su ayudante y tras él, el famoso comprador de manzanas (p. 110). Pero estas imágenes encuentran su clausura, su antítesis, en la aterradora posibilidad de la incomprensión, en el desacoplamiento de nuestras capacidades de significación. En definitiva, en el aislamiento de un sujeto que se ve incapaz de acceder al mundo (p. 107). Esa posibilidad, planteada tras el auge de la significación, representa un quedarse fuera de los juegos del lenguaje por repudiar los criterios que compartimos. Esto se asemeja a la caracterización que Spengler le da a la decadencia como proceso de exteriorización, que no es si no una pérdida, una falta de pueblo, un nuevo nomadismo (p. 112).

Si abundamos en lo que diferencia a Wittgenstein de Spengler, podemos ver con Cavell que el primero «*traslada al día a día* la visión de Spengler en la que el destino procede hacia la disolución de las formas, hacia el nomadismo, hacia la pérdida de la cultura o, digamos, del hogar, o de la comunidad» (p. 113). Esa disolución es la de la filosofía, que evocaba los ideales, y que, para Wittgenstein, justo en sentido contrario, debe reconducirnos a lo ordinario. Ahora bien, esa reconducción que se presenta en forma de retorno no lo es realmente, pues no

se vuelve al mismo sitio sino que se cambia de dirección (p. 113-114). Estas serían, para Cavell, las notas propias del pensamiento de Wittgenstein que, en su paradójico conjunto podrían configurar una filosofía de la cultura.

El segundo capítulo, que es el último, lleva por título «Encontrar es fundar. Avanzando en “Experiencia” de Emerson», no comprende secciones y tiene por objeto estudiar el encaje de Emerson como filósofo. Esta tarea le resulta interesante a Cavell, además de por la relevancia que obviamente ostenta Emerson en su circunstancia, porque considera que en el pensamiento de Emerson podemos encontrar la fundamentación de la pobreza, la cotidianidad, la proximidad y lo común que traducen lo ordinario wittgensteniano (p. 127). Ahora bien, el trascendentalismo emersoniano comprende etapas y notas que representan por igual la profundidad filosófica que a Cavell le interesa. Es por ello por lo que se centra en el ensayo *Experiencia*, dejando más de lado los contenidos de *La naturaleza*, que por su temática también podría considerarse filosófico (p. 130).

En *Experiencia* la vivencia del escepticismo es insoluble, infinitamente problemática (p. 131). Sin embargo, el lugar que busca el autor en *Experiencia* cambia la polaridad y desdibuja gravemente la tragedia que, para el pensar filosófico, acompaña siempre al escepticismo. Se trata de encontrar un nuevo lugar para el pensamiento, un lugar que puede coincidir con el del desarrollo de la tradición filosófica europea, aunque no es necesario que así sea. Quizás referirnos de este modo a un «lugar» resulte muy oscuro, pero ese lugar no es otro que el del pensamiento americano al que hace referencia la obra aquí reseñada: *Esta nueva y aún inaccesible América*. Es fácil adelantar que esa inaccesibilidad es fundamentalmente debida a su novedad histórica, a su carácter de nación nueva. No obstante, claro está, no es esta la única posibilidad. Cavell interpreta esa frase emersoniana (1) como la incapacidad de Emerson de experimentar América, aunque ya esté ahí; (2) como la necesidad de fundar y poblar esa nación; (3) como la discontinuidad que requiere experimentarse, nacer de nuevo, convertirse, volverse del revés para ser América (p. 147) Ahora bien, antes de avanzar en el pensamiento nacional o metanacional de Emerson, resulta aconsejable adentrarse en la exposición de Cavell para comprender el sentido de esa necesidad de fundación.

Para describir el pensamiento de Emerson, al igual que hizo en otras obras anteriores, Cavell interpreta las reflexiones emersonianas a la luz del realismo empírico kantiano. En particular, es la *Crítica de la Razón Pura* la obra que, por así decirlo, Cavell se esfuerza en replicar en su comentario de *Experiencia* para hacer ver cómo Emerson desafía, hasta en lo más básico de su pensamiento, el planteamiento trascendental de Kant. De esta manera vemos cómo el «todo lo

que conozco es recepción» de Emerson se opone a la agencia epistémica kantiana que destierra a la cosa en sí más allá de los límites de lo cognoscible y, con ella, deja fuera de la lista de posibles fuentes de conocimiento a la intuición intelectual (p. 132).

Esta receptividad inicial emersoniana aparece desde el principio, en el poema que antecede a *Experiencia*, acompañada de una suerte de tabla, según interpreta Cavell, de las categorías *a priori* de la vida humana: la Costumbre, la Sorpresa, la Superficie, el Sueño, la Sucesión, el Error y el Carácter (p. 143). Esta perspectiva radicalmente incardinada en la vida, perspectiva que debe comprenderse desde la oscuridad y el luto por la muerte del hijo, no atiende a la distancia impuesta por la polaridad escéptica. Esa barrera con la que fabula el filósofo y que representa la dificultad del lenguaje para llegar hasta los fenómenos se da en Emerson, pero oblicuamente porque no logra en su pensamiento el protagonismo al que acostumbra. Para Emerson el carácter protagónico lo tiene una pregunta: la pregunta por la posibilidad de la escritura, por la posibilidad del autor. No es una reflexión impostada, sino que en su escritura, «Emerson encuentra a América» (p. 147), pero la encuentra repelente, como fuera de sí.

Y esa repelencia o aversión la encontrará también en él mismo. Esa menesterosidad de América para Emerson se debe a su inexperiencia: «a pesar de todo nuestro empirismo, nada nos impresiona [...] no tenemos experiencia (propia), somos inexpertos» (p. 148). ¿Cómo lograr esa experiencia? ¿Cómo lograr ese acercamiento a los fenómenos? La oscuridad en este punto, quizás razonable, hace que las respuestas posibles sean, en todo caso, enormemente densas. Una primera posibilidad es la que abre al ensayo emersoniano. Este ensayo, que Cavell percibe como un nuevo género, anuncia y proporciona las condiciones para sí mismo (p. 162). Otra posibilidad para acercarse a los fenómenos, más plausible atendiendo al texto, es la de la búsqueda de lo cercano, es el esfuerzo por un acercamiento finalmente imposible, pero que termina dejando, como en «El intelectual americano», una dirección abierta (p. 169).

Y esto sirve para ubicar un nuevo paradigma para la filosofía y, por tanto, para el pensamiento americano. Es un marco que, como destaca Cavell, coincide con la propuesta del Heidegger más tardío y del Wittgenstein de las *Investigaciones* (p. 170). Se trata de superar la filosofía en beneficio de sí misma acercándose al objeto, interpreta Cavell, mediante dos categorías (p. 171). Esta reflexión, por cierto, avanza en perfecto paralelo al reconocimiento del poder de las palabras ordinarias para ser redimidas, para redimirse a sí mismas, y de forma característica, para pedir que se las redima de la filosofía. (p. 134) Finalmente, las dos categorías

que vienen a cerrar el espacio del escepticismo y a fundar ese nuevo pensamiento son las de la Insinuación y la de Sucesión. La Insinuación consiste en la invitación —fundada en la idea de que a la naturaleza no le gusta que la observen— a ser golpeados o impresionados cuando sea pertinente (p. 172-173). La Sucesión, que es una de esas categorías *a priori* antes mencionadas, que es uno de los Señores de la Vida, nos proporciona el medio de recuperar nuestra condición (p. 173).

Y con este principio de sistemática final, muy matizada en los desarrollos posteriores de la obra de Cavell, y muy matizable en lo que a mi propia descripción se refiere, termina esta reseña que, como siempre, se alarga más de lo que el pudor académico aconseja. Naturalmente, recomiendo la lectura de esta obra de Cavell que con tanta amabilidad se traduce al español favoreciendo así la comprensión y el estudio de un autor fundamental para entender el momento postanalítico de la filosofía académica.

Pablo Vera Vega
Universidad de La Laguna
pablo.veravega@gmail.com